

Presentación

DE LA BRUJERÍA BLANCA

por Joan Brossa

(Traducido del original catalán por Pere Gimferrer)

Ante este libro, el hecho de encontrarse rezagado o adelantado no inventa voz alguna. La columna movable de la prestidigitación traspone aquí su gracia y, entre los espejos que buscamos, es imposible hallar otro mejor. No debemos olvidar que el símbolo de la Magia Blanca es una diosa hermosa y hábil con una varita mágica en la mano y muy avispada cuando llega la hora de la aventura. Dicen que es hija del Sol y de la Aurora; sabemos que nació en Asiria y que recorrió Egipto, de donde procede su ciencia. En el siglo pasado, el mago italiano Folletto la calificó de Reina de las Artes. En efecto, la Magia Blanca crea con la poesía sus propias leyes y sabe qué hora es en todo el mundo. Las sorpresas deambulan entre la multitud, y las poblaciones pasan buenos ratos. Subimos al tren bajo la lluvia y nos apeamos con tiempo soleado. ¿Es un defecto, en una novela, la falta de personajes? La respuesta, escurridiza, se os aparecerá silenciosamente entre líneas. Más allá del tiempo la vida ha dicho siempre las mismas pa-

labras, aunque el tono de voz y el cambio de gustos, acarreados por una sucesión de conflictos, nos hacen pasar, a veces, de modo más contenido. Al repetir las palabras en el interior, las letras adquieren su pleno sentido. La magia —que no es sino un nombre más de la poesía— siempre ha servido para invocar misteriosas relaciones; nos remitimos a los orígenes. Como las leyendas populares, nos libera y nos hace regresar a las raíces de la propia identidad. Las piedras del muro pasan de un estilo a otro, y los momentos que llegan por dentro nos sirven de espejo para buscar el centro de cada trecho de camino. El hecho de que siempre haya sido así nos da la clave de una sucesión de reacciones muy diversas, cuando las complicaciones se prolongan. De nada sirven las imitaciones. La influencia de las cosas vive siempre al cabo de la calle y alumbra como un farol. El entorno de fuera y el cercado de dentro son necesarios para el conjunto. La poesía demuestra que los juegos de manos —expresión que supo valorar el autor del presente libro— no han sido nunca un achaque del talento. Esta poesía exteriorizada, en acción, ha hecho siempre que los prisioneros de su ventanal concedan a las finalidades las sorpresas de mil y un viajes. Es cierto que la mediocridad que impera les hace pasar de largo ante los mejores representantes y sólo buscan el modo de imitarse sin comprender la poesía que emana del juego inteligente del engaño. Un aspecto, con todo, que no ha escapado al editor de este libro, tan alejado de maniobras comerciales. De un tiempo a esta

parte, la prestidigitación se ha identificado en exceso con festivales infantiles, onomásticas, bautismos, comuniones y otras gazmoñerías. Pese a todo, ahora mismo, se vislumbra cierta renovación en los países latinos, que son la zona en que, entre unos y otros, tiene más rezagada la tarea. Consideramos que este hecho es una consecuencia del actual interés de la juventud por los géneros parateatrales en detrimento del teatro literario, preferido por la burguesía.

P. Minguet era un gran aficionado a la magia, autor del primer libro sobre juegos de manos escrito en el Estado español. Se titula *Engaños a ojos vistas y diversión de trabajos mundanos fundada en lícitos juegos de manos que contiene todas las diferencias de los cubiletes, y otras habilidades muy curiosas demostradas con diferentes Láminas, para que los pueda hacer fácilmente cualquier entretenido*. Un título a la moda de la época; después, a lo largo de las sucesivas ediciones, vemos que se ha ido modificando según el gusto de cada momento. Robert Houdin cuenta en sus memorias cómo, de joven, se interesó por la magia. Fue un suceso fortuito: la distracción de un librero. Un día del año 1817, Robert Houdin entró en una librería de ocasión para comprar un tratado de relojería y, por error, le dieron un diccionario de ciencias recreativas, que disparó su imaginación hasta el punto de llevarle a convertirse en prestidigitador profesional. Aquel viejo tratado —cuya

lectura considera el maestro francés que fue el acontecimiento decisivo de su vida— se halla expuesto en el Museo Robert Houdin, de Blois. Y no deja de ser curioso que sus grabados presenten una evidente semejanza con los del libro de Minguet. ¿Quién fue la madre del cordero? La primera edición del libro de nuestro compatriota fue publicada en Madrid en 1733 y al parecer despertó mucho interés. Desconocemos la vida de su autor. Era catalán, o valenciano; se sabe que vivía en Madrid y era grabador en madera, además de erudito enciclopédico a juzgar por la diversidad de obras que llegó a escribir. Parece ser que compuso un tratado de baile y del modo de tocar los instrumentos; también publicó varios libros sobre el juego de ajedrez y el de las damas; asimismo diferentes obras sobre temas geográficos y sobre relojes de sol, de arena y de agua. Etcétera. De hecho, un personaje interesante, prácticamente desconocido, lo cual, por desgracia, es cosa muy corriente en este nuestro país de papanatas, en el que los extranjeros se llevan la parte del león.

El facsímil que el lector tiene en las manos reproduce, como puede verse, la tercera edición aumentada, impresa en Barcelona en 1864. En mi colección de libros de magia tengo también la sexta edición, publicada por la Editorial Maucci en 1908, con una segunda parte dedicada a los juegos de sociedad a cargo de un tal Vindex. De modo que el hecho de que hayan sido publicadas tantas ediciones de esta obra, con variantes cada vez, y que sus trucos y grabados se hayan reprodu-

cido en otros muchos libros, indicando o no la procedencia, demuestra la resonancia que alcanzó este volumen insólito. El lector observará que en general el autor da pocas explicaciones técnicas concretas; sólo se limita a decir una y otra vez que hay que hacerlo todo “con disimulo”; ello no impide que, desde una óptica distanciada, el tema, el primitivismo de la redacción y la magnífica composición gráfica del libro nos remitan a una verdad poética que es realzada por unas xilografías extraordinarias llevadas a cabo por el propio Minquet.

Tenemos en la mesa una llave y una copa de agua. Si el prestidigitador es un artista que miente para entretenernos, paralelamente, el poeta, llevado por su capacidad de sorpresa, asegura que la verosimilitud se convierte en una apariencia engañosa e inicia una evasión reflexiva hacia el origen, o, si lo preferís, hacia lo desconocido. Porque, si el juego de aquél se rige por la física, éste juega mediante metafísica. Las personas y las cosas vuelven si sólo les damos el pensamiento. Con todas las flaquezas de nuestra condición, ¿hay manera mejor de aplastar un reloj y dejarlo intacto?

JOAN BROSSA